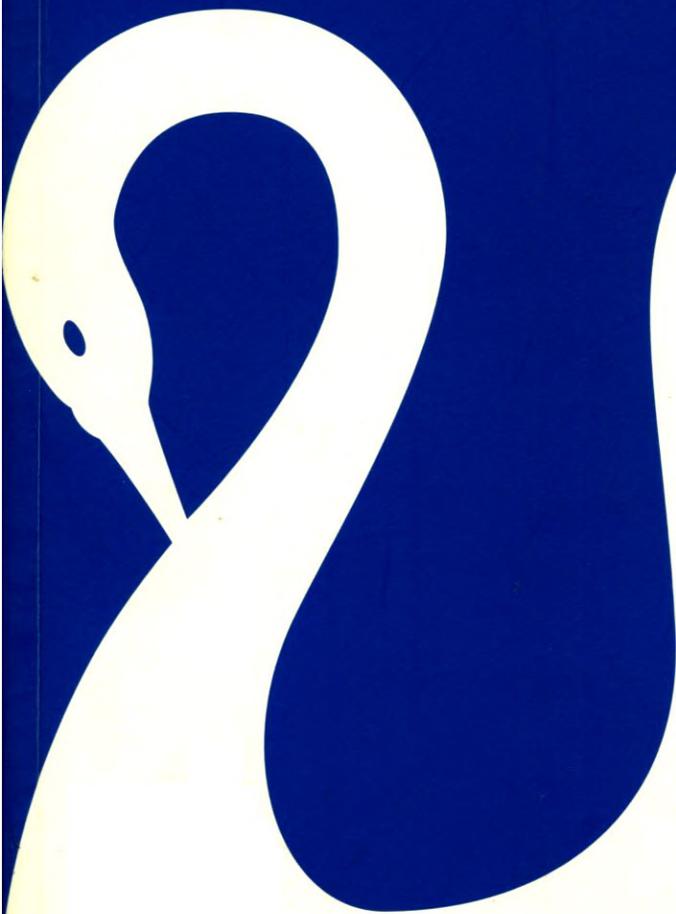


LA POESÍA DE  
RUBÉN  
DARÍO



JOSÉ FRANCISCO TERÁN

COLECCIÓN CULTURAL DE CENTRO AMÉRICA  
SERIE EDUCACIÓN 1

## **Fundación VIDA**

**Fundación VIDA es una organización sin fines de lucro que fue creada bajo el patrocinio de BANEXPO.**

**BANEXPO por medio de Fundación VIDA hasta el día de hoy realiza:**

- 1. Trabajos de asistencia social con la donación y distribución de equipos médicos y medicinas por todo nuestro país. En los últimos 13 meses hemos distribuido equipos y medicamentos con un valor mayor a dos millones de dólares.**
- 2. El desarrollo de una Agenda Nacional.**
- 3. La creación de la Colección Cultural de Centro América.**

**BANEXPO tiene como uno de sus principales objetivos en Nicaragua devolver a su comunidad una gran cantidad de beneficios para su desarrollo.**

# La poesía de Rubén Darío

---

José Francisco Terán

COLECCIÓN CULTURAL DE CENTRO AMÉRICA  
SERIE EDUCACIÓN I



Digitalizado por: **ENRIQUE BOLAÑOS**  
FUNDACIÓN  
[www.enriquebolanos.org](http://www.enriquebolanos.org)

## **La poesía de Rubén Darío**

(El autor imagina ser ésta una de varias charlas sobre la literatura de los pueblos de nuestra América...)

PREMIO JOSÉ MARTÍ, VII CONCURSO DEL INSTITUTO  
DE CULTURA HISPÁNICA DE HOUSTON  
Diciembre, 1996

COORDINACIÓN EDITORIAL  
Ana Laura Delgado

CUIDADO DE LA EDICIÓN  
Sonia Zenteno Calderón

CORRECCIÓN DE ESTILO  
Ana María Carbonell  
Rodrigo Mora  
Rosario Ponce Perca

DISEÑO  
Ana Laura Delgado  
Julieta Ojeda Gutiérrez

PORTADA  
Johnny Villares

SERVICIOS EDITORIALES  
Ediciones El Naranja

N

861

T315

José Francisco Terán

*La poesía de Rubén Darío*/José Francisco Terán. Nicaragua. Fundación Vida,  
2001, 48 p. (Colección Cultural de Centro América, Serie Educación 1).  
Darío, Rubén-Poesía/Darío, Rubén-Crítica e interpretación

ISBN 968-5389-01-2

Prohibida la reproducción total o parcial de esta obra  
sin el permiso expreso del titular de los derechos.

Impreso y hecho en México



# ÍNDICE

Colección Cultural de Centro América .....	5
Prólogo .....	9
Introducción .....	11
Notas .....	39
Bibliografía .....	41
Semblanza del autor .....	43
Obras publicadas en esta colección .....	44

La Colección Cultural de Centro América, para desempeñar sus funciones, está formada por un Consejo Asesor. Este Consejo Asesor se dedicará a establecer y vigilar el cumplimiento de las políticas directivas y operativas del Fondo.

El Consejo Asesor de la Colección Cultural de Centro América  
está integrada por:

Dr. Francisco X. Aguirre-Sacasa  
Dr. Emilio Álvarez Montalván  
Ing. Adolfo Argüello Lacayo  
Dr. Alejandro Bolaños Geyer  
Dr. Arturo Cruz S.  
Don Pablo Antonio Cuadra  
Dr. Ernesto Fernández-Holmann  
Dr. Jaime Incer Barquero  
Dr. Francisco J. Lainez  
Ing. René Morales Carazo  
Lic. Ramiro Ortiz M.  
Dr. Gilberto Perezalonso  
Lic. Marcela Sevilla-Sacasa  
Lic. Pedro Xavier Solís  
Arq. José Francisco Terán

MIEMBROS HONORARIOS

Lic. Jorge Canahuatti  
Rev. Manuel Ignacio Perezalonso



# Colección Cultural de Centro América

El Fondo de Promoción Cultural del Banco de América, editó en calidad y en cantidad la mejor colección de obras arqueológicas e históricas, literarias y artísticas que se haya publicado en Nicaragua. Quedó interrumpida la colección cuando el gobierno nacionalizó los bancos. Al instaurarse, bajo el nuevo régimen la democracia y la economía de mercado, BANEXPO contando con miembros del anterior Consejo Asesor del Fondo de Promoción Cultural y con nuevos elementos de gran valor, se propone no sólo reanudar la colección interrumpida sino centroamericanizar su proyecto, haciendo accesibles al lector de las repúblicas del istmo aquellos libros que definen, sustentan y fortalecen nuestra identidad.

Esta labor editorial que facilitará la enseñanza y la difusión de nuestra cultura en escuelas, institutos, centros culturales y universidades, producirá simultánea y necesariamente una mayor unidad en la cultura del istmo; unidad cultural que es el mejor y más poderoso cimiento del Mercomun y de cualquier otra vinculación política o socioeconómica de la familia de repúblicas centroamericanas.

Este es un momento histórico, único en el acontecer del continente: todas las fuerzas tienden a la formación de bloques regionales, pero la base y motor de esas comunidades de naciones es la religión, la lengua y las culturas compartidas. BANEXPO quiere ser factor activo en esa corriente con la publicación de la Colección Cultural de Centro América.

Pablo Antonio Cuadra

---

A quienes enseñan el Español en las universidades  
de Houston... y a quienes aprenden la literatura  
de Hispanoamérica en el estado de Texas...



# Prólogo

Este ensayo nació del deseo de poner en manos de los maestros de Español en el estado de Texas una clase o charla de aproximadamente una hora para presentar a Darío dentro de los programas de Literatura Hispanoamericana a nivel secundario; hoy en día estos temas son importantes para las centenas de miles de alumnos que en Estados Unidos desean aprender y perfeccionarse en nuestra lengua. Esto era casi una obligación patriótica e intelectual después de participar en varias divulgaciones de Darío en los colegios y universidades de Houston y presenciar las deficiencias de todo género en las presentaciones que se hacían de nuestro bardo.

Para lograrlo tuve que usar varias estrategias. Primero, encarar la realidad de que solamente se le puede dedicar una hora al estudio de la obra de Rubén Darío, dentro del tema general de la literatura hispanoamericana a nivel secundario. Segundo, que era necesario recurrir al testimonio de terceros, como Neruda, para despertar el interés del alumno. Tercero, que el ensayo tenía que reflejar la totalidad y complejidad de la vida y obra de Darío en el reducido espacio de una lección o charla. Finalmente este ensayo debía ilustrar y motivar al alumno a proseguir su estudio buscando los libros que sobre Darío abundan en las bien nutridas bibliotecas tanto universitarias como de la ciudad y del estado.

Esto coincidió con la decisión del Instituto de Cultura Hispánica de Houston de dedicar el año 1996 a Darío como tema del séptimo concurso internacional para el Premio José Martí instituido en 1989, y el ruego —casi demanda— que me hicieran varios profesores, especialmente de la Universidad de Rice, para que participara en este concurso cuya preparación duró cuatro meses, y cuyo premio me fue otorgado en diciembre de 1996.

Los resultados en los colegios de Houston fueron más que satisfactorios, y a veces emocionantes, como cuando recibí una linda tarjeta firmada por todos los alumnos de Literatura Hispanoamericana del Kingwood Community College, dos de ellos aeromozas de la línea Continental Airlines, agradeciéndome su preparación. No sola-

mente eso sino que además señalaron que para ampliar sus estudios visitarían la aldea de Metapa y la ciudad de León tan pronto tuvieran un descanso en Managua.

Al poner este ensayo en manos de los jóvenes alumnos de los colegios de Nicaragua yo quisiera que lo leyeran y lo guardaran en sus bolsillos como resumen y referencia —talismán—, que los inspire para ahondar en el conocimiento de Darío, trascenderlo y participar plenamente en el conocimiento del bien reconocido genio poético que caracteriza, honra y distingue a Nicaragua.

Cierro estas líneas con un especial agradecimiento a mi hermano, el gran dariano José Jirón Terán, sin cuya guía y ayuda bibliotecaria hubiera sido imposible lograr esta síntesis de la persona y del talento de Rubén Darío.

José Francisco Terán

# Introducción

Entramos hoy, queridos alumnos, a estudiar la poesía de Rubén Darío, el inmortal poeta nicaragüense quien al dedicar su vida entera a la poesía, logró con su genio, inspirado en la universalidad de las ideas y de los sentimientos, penetrar en todas las culturas y en todos los tiempos, incorporando a nuestra lengua la riqueza universal de las mitologías, de los cuentos, de la historia, del acontecer diario del mundo. Aún más importante, lo hizo transformando las estructuras de la expresión poética castellana, ya sea inyectando nuevas métricas como el alejandrino francés y el hexámetro latino o transformando cada palabra o conjunto de palabras en una expresión sonora, casi musical. Y no podemos hablar de la poesía de Rubén Darío sin enfatizar la enorme importancia de su prosa, tanto de la prosa en sí como de su poesía en prosa. Porque hasta la publicación de su primer libro, *Azul*, escrito a los 21 años en Chile, y con la excepción de algunos notables precursores como José Martí y Manuel Gutiérrez Nájera, la prosa y, en general, el español del siglo XIX era una lengua que para expresarse había que escribir largas frases siguiendo la ortodoxia lingüística establecida importando más la lógica y la gramática que el pensamiento mismo. Fue Rubén Darío quien desde su temprana edad de *Azul* estructuró una nueva forma de expresión sin apelar a las circunvalaciones idiomáticas, sustituyéndolas con el poder inmenso que él había descubierto dentro de las palabras mismas: “cada palabra es una idea, tiene un alma”. Podemos decir que nuestra amadísima lengua de Cervantes le debe a Darío su modernización al siglo XX, como en sus tiempos lo hicieron Berceo, Hita y Góngora. A esta transformación se debe, en gran parte, la eficiencia de expresión de que hoy gozamos, razón por la cual el español es una lengua moderna, renovada y capaz de renovarse constantemente, a la altura de las demandas más exigentes de la ciencia, de la tecnología y del arte. Claro está que no fue Rubén Darío quien hizo todo lo que hasta hoy se ha hecho por nuestra lengua y de lo que hoy en día gozamos quienes hablamos español. Él fue, sin embargo, quien detectó en mayor grado el estado lastimoso en que se encontraba el castellano al final del siglo XIX, y quien descubrió que sí era posible cambiar sus estructuras, ensanchar su expresión, introducir nuevos temas, desnudar la musicalidad intrínseca de sus vocablos, y combinarlos en metros o párrafos de exquisita armonía. Además, debía hacerlo de inmediato y sin titubeo. A partir de su libretto *Azul* publicado en Chile en 1888, cuando Darío tenía 21 años, la poesía y la prosa romperían para siempre la sintaxis cansada, el aburrimiento de los temas

anquilosados, la redundancia de los “estilos”, los estribillos estridentes del romanticismo imperante. Y habiendo esgrimido para lograrlo, como veremos más adelante, los recursos de su gran genio poético y su erudición casi universal, daría al mismo tiempo una lección sencilla y terriblemente compleja al proclamar más tarde desde Buenos Aires: “mi literatura es mía en mí”.<sup>1</sup> Como lo expresara Pablo Neruda en su discurso en la Universidad de Chile en ocasión de sus 50 años:

[...] bajo nuestra estrella antártica vivió Rubén Darío. Venía del maravilloso trópico de nuestras Américas. Llegó tal vez en un invierno blanco y celeste como el de hoy, a Valparaíso a fundar de nuevo la poesía de habla hispana. En este día mi pensamiento y mi reverencia van a su estrellada magnitud, al sortilegio cristalino que sigue deslumbrándonos.<sup>2</sup>

Y en su poema “La gloria” escribe “...dirige una rosa olorosa a Rubén Darío que llega a Castilla e inaugura la lengua española”.<sup>3</sup> Permittedme insistir hasta la saciedad sobre este mismo aspecto renovador de las esencias castellanas con las palabras de Federico García Lorca, de visita en Buenos Aires, refiriéndose a Darío:

Como poeta español, enseñó en España a los viejos maestros y a los niños, con un sentido de universalidad y de generosidad que hace falta en los poemas actuales. Enseñó a Valle Inclán y a Juan Ramón Jiménez, y a los hermanos Machado, y su voz fue agua y salitre, en el surco del venerable idioma.<sup>4</sup>

Preparando estas notas se me ocurrió acudir a Internet y apretar una de las tantas direcciones sobre Darío [drx@deltanet.com](mailto:drx@deltanet.com) de Dionisio Rodríguez, quien escribe: “A través de su carrera él intrépidamente introdujo más innovaciones métricas que cualquier poeta de la lengua española...”.<sup>5</sup> Hagamos aquí una pausa necesaria para explicar por qué los poetas aprecian tanto la innovación cuando encuentran la forma de expresión que exige una nueva sensibilidad. Volvamos otra vez a Neruda en su discurso *Viaje al corazón de Quevedo*.<sup>6</sup>

Martí nos ha dejado dicho de Quevedo: “Ahondó tanto en lo que venía, que los que hoy vivimos con su lengua hablamos”. Con su lengua hablamos... ¿A qué se refiere aquí Martí? A esa su calidad de padre del idioma que, como en el caso de Rubén Darío a quien pasaremos la mitad de la vida negando para comprender después que sin él no hablaríamos nuestra propia lengua, es decir, que sin él hablaríamos aún un lenguaje endurecido, acartonado de desabrido.<sup>7</sup>

Queridos alumnos:

Con esta introducción os he querido hacer ver la trascendencia de este capítulo que hoy vamos a tratar sobre la poesía de Rubén Darío. He querido primero despertar en vosotros la curiosidad para que abráis vuestros sentidos de par en par y tratemos de caminar juntos y meternos dentro de ese bosque maravilloso que es la poesía de Darío. Aclaremos que Rubén Darío escribió prosa en abundancia, a veces poemas en prosa como los cuentos de *Azul* y principalmente como cronista o redactor de periódicos y revistas, propias o ajenas, entre las cuales se destaca el que fue el sustento de su vida hasta su muerte, su otra profesión —si ser poeta es una— la de corresponsal del gran diario *La Nación* de Buenos Aires a cuyo cuerpo de redactores perteneció desde sus 21 años —su año de *Azul* en Chile— y siguiendo los pasos del glorioso José Martí quien le había precedido como corresponsal del mismo diario, hasta su muerte a los 49 años. Pero justo es también decirlo, sin menoscabo a la calidad de su prosa, que fue la poesía el instrumento que manejó para expresar sus sentimientos y sus ideas, y fue su poesía la que como un sol brilló en el firmamento de la literatura española y, especialmente, de la hispanoamericana. A través de sus versos penetró el “Todo” en su concepción pitagórica,<sup>8</sup> esculcó los infinitos, profundizó los abismos incluyendo el de su propia alma, incorporó las métricas francesas, latinas, inglesas y del español castizo, inyectó o más bien hizo brotar la música innata de las palabras, combinó y varió la métrica sin escatimar el vuelo sobre las mitologías griegas, germanas, chinas, orientales y haciendo aparecer los numerosos símbolos y paisajes que utilizó como trasfondo de muchas de sus obras. También usó la poesía como un arma para defenderse de quienes acerbamente le atacaron o para atacar aquellas debilidades propias del idioma, de los pusilánimes, especialmente de los poetas y escritores de nuestra tierra americana que no salían del arraigo a sus propios orígenes y veían a España como la única fuente de inspiración, el único faro, la única autoridad sobre cómo debería usarse y conjugarse la lengua. Y en ese bregar, con la poesía en ristra, la poesía eterna y universal sin tiempo ni geografía, se encontró de pronto Darío en la posición del revolucionario y del héroe, revirtiendo las corrientes literarias, creando el Modernismo, haciendo del Modernismo la escuela del momento, convirtiendo a Buenos Aires en la capital del Modernismo y logrando así nuestra independencia literaria de España, nuestra literatura propia, nuestra América.

Una de las mayores dificultades de estudiar a Darío es la gran profusión de libros, opiniones y artículos sobre su persona y su obra. Estos abarcan desde lo escrito por él

mismo como su *Autobiografía* y su *Historia de mis libros* hasta lo escrito por sus contemporáneos; críticos altos y bajos, admiradores, aduladores y enemigos. Años después de su muerte hubo tantos que se rebelaron y hasta lo aborrecieron, como su propio coterráneo José Coronel Urtecho quien lo llamó “Paisano inevitable te saludo con mi bombín que se comieron los ratones en mil novecientos veinticinco amén”.<sup>9</sup> A pesar de estos ataques la perspectiva de Darío se ha afianzado, como lo hemos leído ya en Neruda y García Lorca, y lo podemos leer en Octavio Paz y muchos otros autores que estando ya fuera de la lucha del Modernismo —habiéndolo superado— colocan a Darío como un clásico a la par de Góngora porque ambos aparecieron en momentos críticos de la literatura española para renovarla, fortalecerla, ampliar su vocabulario y servir de base al enorme despliegue literario que vendría después. Es con esa calma de quien ve a Rubén Darío en el lugar de los inmortales que yo quisiera ahora adentrarme en su poesía, meterme con vosotros en las esencias mismas de sus versos, a descubrir qué hizo, cómo lo hizo, cuáles fueron los conceptos que lo guiaron, cómo estructuró su obra e ilustrarla con algunas de sus grandes poesías.

Anotamos ya la complejidad de opiniones, libros y artículos sobre la poesía de Darío, la abundancia y exuberancia de pensamientos, inspiraciones, desvaríos, anécdotas, rigurosos análisis de la métrica, interpretaciones del trasfondo de tantos poemas de que se compone su obra. Aún más difícil resulta separar lo que es la poesía en sí de lo que es la innovación o revolución en la forma de expresarla. Cabe la pregunta: ¿Sería tan inmortal Darío si su poesía la hubiese vertido en los moldes tradicionales de la métrica de su tiempo, sin los instrumentos de cambio y modernización que hizo a nuestra lengua? O, poniéndolo al revés, ¿podría su poesía ser tan sublime y trascendental si solamente rompiera los moldes formales sin la nobleza de los temas, el color de los paisajes y el encanto de los pensamientos? Si por ejemplo, un ser pensante viniera del planeta Marte y sin importarle tiempo ni idioma abriera las páginas de *Azul* y leyera “El rey burgués” o la “Sinfonía en Gris Mayor” de *Prosas profanas*, ¿sentiría la perfección de esa prosa y la sonoridad de esa música extendida sobre el ancho mar azogado? Ejercicio vano por lo inseparable que en la poesía de Darío son la forma y el fondo, o sea que no importa ni lo de antes ni lo del futuro, esta poesía tiene valor intrínseco en el tiempo y el espacio, tiene su propia vida, brilla como una estrella con su propia luz. No necesitamos en esta breve lección repasar todo lo que escribió Darío, ni siquiera mencionarlo. Voy a daros tres mojonos de su creación poética y os diré cómo encontrar en ellos lo

más valioso y sagrado. Estos tres mojones de la poesía dariana son sus tres grandes libros: *Azul*, *Prosas profanas* y *Cantos de vida y esperanza*. Hay muchísimos otros, pero estos tres definen las épocas claves de su desarrollo mental: *Azul*, su libro de la juventud; *Prosas profanas*, su primavera plena de triunfo y gloria, y *Cantos de vida y esperanza*, la obra maestra de su madurez otoñal.

**AZUL:** fue escrito en Chile y publicado en 1888 cuando Darío tenía apenas 21 años. Un libretto de sólo 132 páginas, dedicado a un mecenas chileno que ni siquiera acusaría recibo de la copia del libro y con un breve prólogo de su amigo Eduardo de la Barra, también chileno, quien lo acogió cuando pobre y maltrecho desembarcó en Valparaíso llevando en sus tímidas manos la carta de recomendación de un amigo y una maletita de madera de Nicaragua. Sus biógrafos dicen, y él así lo confirma en su *Autobiografía*, que aprendió a leer a los 3 años, escribió sus primeros versos a los 7, de muy niño leyó *El Quijote*, la Biblia, *Las mil y una noches*, *Los oficios* de Cicerón, la *Corina* de Madama Stäel y “una novela terrorífica, de ya no recuerdo qué autor, *La caverna de Strozzi*”.<sup>10</sup> A sus 11 años llenaba de versos las granadas de *papier maché* que se abrían sobre el señor de la burriquita que desfilaba frente a su casa el Domingo de Ramos. A los doce era ya famoso en Nicaragua como el “niño prodigio”. Escribía versos en los pupitres, en los abanicos de las damas y lo invitaban a cuanta velada había para que recitara sus poemitas de juventud. A los catorce obtiene con su *Oda a Bolívar* el premio otorgado por el gobierno de El Salvador y viaja a recibirlo. El parlamento nicaragüense resuelve becarlo para que vaya a estudiar a Europa, y lo hubiera logrado si en el acto de aceptación no hubiese recitado un poema: *El libro* de contenido tan radical —Juan Montalvo era su ídolo— y anticlerical —“izquierdista” lo llamaríamos hoy— que el presidente decidió mejor enviarlo a un instituto local. A todo esto Darío era prácticamente huérfano, su madre lo había parido en una carreta halada por bueyes al llegar a una aldea, Metapa, en las montañas centrales de Nicaragua, donde la madre, Rosa Sarmiento, huía de la indiferencia de un marido impuesto por compromiso. De niño fue prácticamente adoptado por su tía abuela, la “tía Bernarda”. Rechazada la beca del parlamento nicaragüense se traslada de León, la bella ciudad colonial y universitaria fundada en 1527, a Managua, la nueva capital de Nicaragua, donde le han dado un trabajo en la biblioteca recién fundada y en cuyos anaqueles brillan nuevos los cinco mil volúmenes que el gobierno de Nicaragua había encargado comprar en España a don Emilio Castelar, el gran orador español.

El joven poeta, que ya ha publicado en los periódicos de su tierra y de Centroamérica, se absorbe día y noche en la lectura. No solamente la colección de los clásicos españoles de Rivadeneyra, sino también las traducciones de Victor Hugo, de Baudelaire y de Shakespeare. Y escribe incesantemente, participa en todos los homenajes, hace versos que hoy llenan una buena parte de sus obras completas. Son poemas bien rimados a lo romántico, siguiendo las métricas tradicionales, vigorosos como su juventud, radiantes de musicalidad, Espronceda, Zorrilla, etcétera. Quizás lo más significativo de esta época es su viaje a El Salvador, donde conoce al poeta salvadoreño Antonio Gavidia quien también adora a Victor Hugo y, en especial, los versos alejandrinos de 14 sílabas que ensaya, esos mismos alejandrinos que Darío usaría en tantas de sus poesías. Y todo esto sucede mientras despierta a su adolescencia, en el corazón del trópico, y despiertan también sus sentidos con la potente atracción del sexo hacia la mujer. Y encontrándose en el centro de admiración de nacionales y extranjeros, en el ambiente provincial de Managua, le recomienda un amigo, ex cónsul de El Salvador en Chile, que se vaya a Chile. Allí encontrará esos otros horizontes que afanosamente anhela, que busca y no encuentra en la estrechez de los pequeños países de Centroamérica. Además está enamorado y ha sufrido ya su primera decepción amorosa. Darío, de 18 años, responde al cónsul: “¿Cómo me voy a ir si no tengo nada?”, y el amigo le contesta: “vete a Chile aunque te ahogues en el camino...”. Y así, una tarde tropical del Puerto de Corinto en el Pacífico nicaragüense se embarcó el joven poeta hacia Chile, cuando apenas tenía 19 años. Era el inicio de *Azul...* El adolescente que desembarca en Valparaíso se da cuenta de que Chile es otro mundo. No deja pasar ocasión sin publicar una crónica o un poema. Llega la Sara Bernhardt al Auditorio Municipal de Santiago y él recita su elogio en verso en el homenaje del periódico *La Época*. Se abre un certamen para cantar las glorias de Chile en la Guerra del Pacífico y él lo gana con su *Canto épico a las glorias de Chile*.<sup>11</sup> Su iniciativa lo pone en contacto con la sociedad chilena, en especial los intelectuales. Y pronto sucede una de las amistades de mayor trascendencia en la vida de Darío. El hijo del presidente de la República, Pedro Balmaceda Toro es un joven dedicado al arte. Enamorado de lo que está pasando en Francia, de la nueva sensibilidad que inspira todo lo que de Francia llega de la literatura, de la música (toca piano), de la pintura y de la escultura. Los últimos números de la *Nouvelle Revue* y de la *Revue des Deux Mondes* están arpillados en las mesas de su apartamento en el Palacio de la Moneda. Darío ha llamado la atención del joven que lo invita a conversar, leer,

oír música, intercambiar opiniones. Asisten juntos al salón del gran escultor chileno Nicanor Plaza, quien también expone frecuentemente en París y otras ciudades europeas y que impacta a Darío con una lección de fino pulimento, absoluta nitidez, preciso cincelado, muchas de las cualidades que se reflejarían casi literalmente en *Azul*. Ya no es solamente Hugo y Gautier, ahora tiene libros de Goncourt, Zolá, Flaubert, Balzac, Daudet, St. Victor, Catulle Mendés escritos en el francés original que él domina desde sus tiempos de Nicaragua. Pero no es solamente Pedrito Balmaceda quien está impregnado de lo que está pasando en Francia. La alta sociedad santiagueña, próspera por su mercantilismo avanzado y culta en sus gustos y presencia, solloza y respira por París. Podéis imaginaros, queridos estudiantes, el proceso creativo del cerebro de un joven que ya tiene asimilada gran parte de la cultura clásica española y mundial; que tiene ya firme la gramática, la sintaxis, el rico vocabulario de su idioma, que ya ha ganado premios a nivel centroamericano donde se ha distinguido y de pronto choca con esta “otra cultura” afrancesada, abundante de cosas y de autores que se expresan en forma distinta. Es una *hiperestesia* que arranca de lo más hondo de la existencia, intoxicante, con una musicalidad que parece ser intrínseca a las palabras, las mismas palabras que se dicen o que se escriben en el momento de la inspiración, el acto concreto de la creación, sin prejuicio ni historia, ¡la poesía misma! ¿Será ésta una cualidad del francés única y exclusivamente o será más bien un don que reside inexplorado en todo ser humano, todo artista, todo poeta, sin importar idioma u origen? Ya Darío había experimentado a sus 14 años con su amigo Gavidia en El Salvador rimando los alejandrinos de Hugo y tratando de ensayar los propios. Algo de aquéllo había ahora en esto, pero en mucho mayor número de consonancias y disonancias y cadenzas. También había leído a Heredia, el precursor cubano que se inspiraba en los cuadros de Moréas, y a Baudelaire a quien tanto admiró. Pero ahora se trata de algo distinto. Es hora de romper los moldes del español con el ímpetu de los parnasianos y simbolistas franceses. Una vez roto el molde hay un infinito donde ir que incluye todas las lenguas, todas las culturas, todas las mitologías. Y así, con los pies firmes en su Berceo y en su Hita, en su Teresa la Santa, en fray Luis, en Cervantes, Lope, Calderón, y por supuesto don Luis de Góngora y Argote, se lanza Rubén Darío como un Quijote a territorio ignoto, a escribir cuentos y poesías tan pulidas como las esculturas de Plaza, tan expresivas como los versos de Hugo, tan novedosas como los versos de Catulle Mendés. De todo esto nació *Azul*, el librito de 132 páginas que salió a luz de la imprenta en Valparaíso con un magnífico prólogo del chileno Eduardo de la Barra a

finales de julio de 1888 y, como ya dijimos, a sus 21 años. *Azul* se compone de tres partes: “Cuentos en prosa” que es un conjunto de nueve cuentos cortos; “En Chile” es una serie de impresiones cortísimas, como rápidos *flashes* fotográficos que capta en su cerebro, y “El año lírico” que incluye seis poemas inspirados en las estaciones de la naturaleza y “Anagke”, un copioso deleite sobre el vuelo de una blanca paloma. Una copia de *Azul* la envió Darío, con dedicatoria especial, a don Juan de Valera, el famoso crítico español a quien llamaban los de entonces *El tesorero de la lengua*,<sup>12</sup> el calificador insigne de lo que era bueno o malo y el gran protector del idioma de Cervantes. Seis meses después aparecían en Santiago y en casi todos los importantes periódicos y revistas de España y de América dos cartas escritas en octubre de 1888 por don Juan de Valera a Rubén Darío y que convertirían al poeta nicaragüense en centro de atracción del mundo hispano. Merece que leamos tres de sus párrafos:

Leídas las 132 páginas de *Azul...*, lo primero que se nota es que está usted saturado de toda la más flamante literatura francesa. Hugo, Lamartine, Musset, Baudelaire, Leconte de Lisle, Gautier, Bourget, Sully-Prudhomme, Daudet, Zolá, Barbey d’Aureville, Catulle Mendés, Rollinat, Goncourt, Flaubert y todos los demás poetas o novelistas han sido por usted bien estudiados y mejor comprendidos. Y usted no imita a ninguno ni es usted romántico, ni naturalista, ni neurótico, ni decadente, ni simbólico, ni parnasiano. Usted lo ha revuelto todo, lo ha puesto a cocer en el alambique de su cerebro, y ha sacado de ello una rara quinta esencia. [...] En la prosa hay más riqueza de ideas, pero es más afrancesada la forma. En los versos la forma es más castiza. Los versos de usted se parecen a los versos españoles de otros autores, y no por eso dejan de ser originales: no recuerdan a ningún poeta español, ni antiguos, ni de nuestros días. [...] Cada composición parece un himno sagrado a Eros, himno que a veces, en la mayor explosión de entusiasmo, el pesimismo viene a turbar con la disonancia, ya de un ay de dolor, ya de una carcajada sarcástica. Aquel sabor amargo, que brota del centro mismo de todo deleite, y que también experimentó y expresó el ateo Lucrecio.

Son tres las contribuciones fundamentales de *Azul* a la poesía castellana: Primero, el rompimiento de los moldes tradicionales de expresión en prosa y en verso que existían hasta entonces. Segundo, la posibilidad de abrir todos los universos de la lengua española sin violar su propia esencia. Tercero, la importancia del poeta como creador y no solamente como intérprete de la naturaleza,

de los hechos y de las cosas. Leamos ahora dos cuentos y tres poemas de *Azul*: “El vuelo de la reina Mab”,<sup>13</sup> “Palomas blancas y garzas morenas”,<sup>14</sup> “Estival”,<sup>15</sup> “Anagke”<sup>16</sup> y de su edición posterior hecha en Guatemala en 1890, el “Soneto a Walt Whitman”.<sup>17</sup>

PROSAS PROFANAS: ¿De qué se trata *Azul*? “...respondería yo sin vacilar: no enseña nada, y trata de nada y de todo. Es obra de artista, obra de pasatiempo, de mera imaginación. ¿Qué enseña un dije, un camafeo, un esmalte, una pintura o una linda copa esculpida?”<sup>18</sup> Así definió Juan Valera *Azul*. Ambos, de la Barra y Valera habían escrito a raíz de *Azul* que si Rubén Darío llegaba a vivir hasta una madurez razonable su producción sería de impacto trascendental. Y aún con su triunfo chileno (recordemos que en sus cortos 32 meses había escrito además de *Azul* otros dos libros, *Abrojos* y *Los raros* y un sinnúmero de artículos y poesías), muy a pesar del triunfo que ya está en sus manos, se inquieta y se desespera. El nómada que habitaba en lo más recóndito de su ser lo hace levantar vuelo y en febrero de 1889, un mes después de publicadas las dos cartas de Valera, Darío se embarca de regreso a Nicaragua, su tierra natal, el punto mágico de referencia de toda su existencia. Jamás regresaría a Chile. De regreso llevaba, además de *Azul*, *Abrojos* y *Los raros* y de un moño de recortes de artículos y poemas sueltos, un oficio, una profesión que le daría prestigio, un excelente medio de expresión y la salvación de sus constantes penurias económicas. Poco antes de salir de Chile, y a instancias de su mecenas chileno don Victoriano Lastarria, lo habían nombrado corresponsal de *La Nación* de Buenos Aires, el diario más importante del hemisferio. Era ya admirado del general Bartolomé Mitre, a quien no conocía.

*Azul* y su corresponsalía de *La Nación* influyen mucho su estadía en Nicaragua y en los países centroamericanos que ahora lo reciben con gran respeto, admiración, cariño, casi como un héroe. En El Salvador, el presidente lo hace director del diario *La Unión*. Allí conoce y se casa con Rafaela Contreras, su primera esposa, de quien nace su primer hijo Rubén Darío Contreras. Por circunstancias políticas tiene que huir a Guatemala donde lo hacen director del *Diario de la Tarde*. Viviendo en Costa Rica es nombrado para representar a Nicaragua en España a las celebraciones del cuarto siglo del Descubrimiento de América (1892) y así deja familia y todo en Costa Rica y se embarca a la Madre Patria, uno de sus sueños. Allí conoce a muchos hombres de letras: Menéndez y Pelayo, Núñez de Arce, Valera, Campoamor, Zorrilla. La Pardo Bazán lo invita a

sus tertulias literarias. Salvador Rueda es el joven poeta que siente la mayor afinidad por Darío y gracias a él publica Rubén su primer poema en *El Imparcial* de Madrid; *El elogio de la seguidilla*. Cuando Rueda decide publicar su libro *En tropel* pide a Darío un prólogo en verso y Rubén produce *Pórtico*, una de sus obras maestras compuesta en endecasílabos italianos (o gaita gallega como decía don Marcelino). De regreso de España desembarca Darío en Cuba para visitar a su gran amigo el poeta Julián del Casal, y de La Habana se va a Cartagena a visitar a Rafael Núñez, el ex presidente de Colombia y gran poeta, de los tiempos en que los presidentes colombianos eran grandes poetas. Núñez lo recibe con aprecio y Rubén confiesa su sueño: “Quiero ir a Buenos Aires”. El ex presidente le promete gestionar ante el presidente Caro para hacerlo cónsul de Colombia en Buenos Aires, y así parte Darío de regreso a Nicaragua con una ilusión. A su regreso a Nicaragua le esperaban grandes desdichas y una salvación. Su esposa, Rafaela Contreras, su amadísima “Stella”, de quien tanta ternura recibiera, había fallecido. Su hijo vive con su abuela materna en Costa Rica. Rubén se desespera, enloquece, cae en una crisis alcohólica que es aprovechada por su “garza morena”, Rosario Murillo, para un matrimonio forzado que le perseguiría toda la vida. Sale de sus crisis, abandona a Rosario y providencialmente recibe por fin del presidente Caro el nombramiento prometido de cónsul de Colombia en Buenos Aires junto con un buen adelanto de dinero. Zarpa lo más pronto posible a Buenos Aires pero escogiendo una de las rutas más extraviadas. Visita primero Nueva York interesado en una primera experiencia con el *Coloso del Norte* pero aún más porque allí tiene a su “padre”, no a su padre natural pero a su faro intelectual, el gran poeta y político José Martí, 14 años mayor que Rubén. Efectivamente Martí lo invita a una de sus reuniones en el Harmand Hall y cuando lo ve le dice: “hijo”, lo sienta en el estrado a su lado y lo abraza paternalmente. Después que han pasado los fogosos discursos y las atareadas discusiones Martí invita a Darío a su hotel a conversar hasta la madrugada, es este uno de los momentos más emocionantes que cuenta Darío en su brevísima *Autobiografía*. De Nueva York se va a París y nos cuenta también en su *Autobiografía* la emoción que siente cuando llegó a la estación ferroviaria de San Lázaro, donde creyó haber pisado “tierra bendita”. Conoce a Verlaine el “padre y maestro lírico, liróforo celeste”,<sup>19</sup> a Moréas, a Maurice Duplessis y otros simbolistas que están en su apogeo. Y zarpa a Buenos Aires, teniendo en mente, más que el consulado de Colombia, su encuentro con esa gran urbe. Escribiendo sobre el arribo a Buenos Aires, Ricardo Rojas dice:

[...] encontró allí la simpatía del general Mitre, ilustre en toda América, y los aplausos de *La Nación*, la más autorizada tribuna intelectual del país. Fue entonces cuando se organizó en Buenos Aires el grupo llamado del Ateneo, al cual se debió la propaganda artística más fecunda que hubiera visto la capital hasta entonces... Yo creo que ese momento fue el más decisivo en la vida literaria de Rubén Darío. Se podría señalar en *Prosas profanas* la influencia del medio en el cual vivía en esa época.<sup>20</sup>

“[...] y heme aquí, por fin, en la ansiada ciudad de Buenos Aires”.<sup>21</sup> La bienvenida de *La Nación* la dio Pablo Piquet. Joaquín V. González de *La Prensa*, el otro gran diario bonaerense, lo saludó con gran entusiasmo. Rafael Obligado fue una de sus primeras visitas. Pronto aparece la pléyade de escritores argentinos, algunos notables como Alberto Ghirardo, José Ingenieros, y más adelante el joven cordobés Leopoldo Lugones, quien se convertiría en su predilecto. Su otra gran amistad en Buenos Aires fue el boliviano y exquisito poeta Ricardo Jaimes Freyre. Era Buenos Aires una gran metrópoli de casi 700 000 habitantes y además de sus célebres periódicos se editaban una docena de buenas revistas literarias en las cuales también colabora. En 1896, tres años después de su llegada, publica *Los raros*, libro que había compuesto en Chile, y una colección de semblanzas de grandes poetas de la época, los franceses como Verlaine y Moréas, y los de otros países como Edgar Allan Poe, Ibsen, José Martí y Eugenio de Castro, este último uno de sus predilectos, genio de la poesía moderna portuguesa. A pocos meses aparece su segundo libro, *Prosas profanas y otros poemas*, dedicado a Carlos Vega Belgrano, quien costeó su publicación y lo respaldó desde su posición importante como presidente del Ateneo. “Encontramos, en fin, al autor de *Prosas profanas*, al artista hecho, seguro de su genio maestro, de su instrumento poético”, dice Mapes en su importante obra *La influencia francesa en la obra de Rubén Darío*.<sup>22</sup> Los críticos ven en *Prosas profanas* una continuidad de *Azul*. En *Azul* están ya los embriones que luego desarrollaría plenamente en *Prosas profanas*. Sin embargo, éste es la culminación de su lucha por la liberación de la expresión literaria, del “manifiesto” que le pedían sus seguidores y admiradores ante los tremendos ataques de la crítica “[...] voces insinuantes, buena y mala intención, entusiasmo sonoro y envidia subterránea —todo bella cosecha—, solicitaron lo que, en conciencia, no he creído fructuoso ni oportuno: un manifiesto” escribe Darío en su corta introducción a *Prosas profanas*. Y continúa: “[...] si

hay poesía en nuestra América, ella está en las cosas viejas: en Palenke y Uxatlán, en el indio legendario y el inca sensual y fino, y en el gran Moctezuma de la silla de oro. Lo demás es tuyo, demócrata Walt Whitman”. “Buenos Aires: Cosmópolis.” Luego se refiere al “[...] abuelo español de barba blanca me señala una serie de retratos ilustres”. Y aparecen Cervantes, Lope, Garcilaso y Quintana. Él pregunta por Gracián, por Teresa *la Santa*, por el bravo Góngora y por “[...] el más fuerte de todos, don Francisco de Quevedo y Villegas. Después exclamo: ¡Shakespeare! ¡Dante! ¡Hugo...! (Y en mi interior: ¡Verlaine!...)”. “Luego, al despedirme: Abuelo, preciso es decíroslo: mi esposa es de mi tierra; mi querida, de París.” Lo más esencial de sus palabras de introducción a *Prosas profanas* es: “Yo no tengo literatura ‘mía’ —como ha manifestado una magistral autoridad— para marcar el rumbo de los demás: mi literatura es mía en mí; quien siga servilmente mis huellas perderá su tesoro personal...!”. Efectivamente, desde su primera estrofa *Prosas profanas* anuncia el refinamiento parnasiano en un tono de armonía pura:

ERA una aire suave de pausados giros:  
el hada Harmonía ritmaba sus vuelos,  
e iban frases vagas y tenues suspiros  
entre los sollozos de los violoncelos.

Y el tercer poema, “Sonatina”, es música sublime más que verso. Hay que fijarse bien en el sentimiento que provoca y no en lo que dice que es totalmente vano:

La princesa está triste... ¿Qué tendrá la princesa?  
Los suspiros se escapan de su boca de fresa,  
que ha perdido la risa, que ha perdido el color.  
La princesa está pálida en su silla de oro,  
está mudo el teclado de su clave sonoro,  
y en un vaso, olvidada se desmaya una flor.

Sigue cambiando el metro e introduce formalmente uno de sus grandes personajes, el cisne:

El olímpico cisne de nieve  
con el ágata rosa del pico  
lustra el ala eucarística y breve  
que abre al sol como un casto abanico.

Mitad del camino introduce el soneto alejandrino “Margarita”:

¿Recuerdas que querías ser una Margarita  
Gautier? Fijo en mi mente tu extraño rostro está,  
cuando cenamos juntos en la primera cita,  
en una noche alegre que nunca volverá.

Y continúa con lo que a mi gusto y criterio es una de las más exquisitas  
composiciones llena de sentimiento y de armonía:

MÍA: así te llamas. ¿Qué más armonía?  
Mía: luz del día; Mía: rosas, llamas.

Y termina:

Tu sexo fundiste  
con mi sexo fuerte, fundiendo dos bronces.  
Yo, triste; tú triste...  
¿No has de ser entonces,  
Mía hasta la muerte?

El coloquio de los centauros, por largo que sea, debe ser leído con la reverencia  
que merece uno de los más importantes poemas de Darío y de nuestra lengua.  
Incluye Darío en *Prosas profanas* el poema “Pórtico” que había escrito en Madrid  
como prólogo al libro de Salvador Rueda *En tropel*.

Libre la frente que el casco rehusa  
casi desnuda en la gloria del día,  
alza su tirso de rosas la musa  
bajo el gran sol de la eterna Harmonía.

También el primer poema que publicó en *El Heraldo* de Madrid por la influencia precisamente de Salvador Rueda, “Elogio de la seguidilla”:

Metro mágico y rico que al alma expresas  
llameantes alegrías, penas arcanas  
desde en los suaves labios de las princesas  
hasta en las bocas rojas de las gitanas.

Presenta de nuevo un soneto alejandrino, “El cisne”:

Fue en una hora divina para el género humano.  
El cisne antes cantaba sólo para morir.  
Cuando se oyó el acento del cisne wagneriano  
fue en medio de una aurora, fue para revivir.

La “Sinfonía en Gris Mayor” fue compuesta en alta mar, cuando Rubén regresaba de Chile y es precisamente lo que su título indica: Una sinfonía marítima salida del cielo, de las olas y del salitre del mar, rimada en dodecasílabos consonantes. Es una de las composiciones más sensuales que salió de su pluma. El “Responso a Verlaine” está arrancado de lo más profundo de una alma que admira al bardo francés y lo trata de imitar con toda su fuerza:

Padre y maestro mágico, liróforo celeste  
que al instrumento olímpico y a la siringa agreste  
diste tu acento encantador;  
¡Panida! ¡Pan tú mismo, que coros condujiste  
hacia el propileo sacro que amaba tu alma triste,  
al son del sistro y del tambor!

“El reino interior” lo dedica a Eugenio de Castro, su admiradísimo poeta portugués, y está rimado en forma casi totalmente libre. En “Las ánforas de Epicuro” recoge una serie de sonetos delicados como nacidos de observaciones: Una espiga, una fuente, de pronto quiere entregar una ánfora llena de belleza “A Maestre Gonzalo de Berceo” y le dice:

Amo tu delicioso alejandrino  
 como el de Hugo, espíritu de España;  
 éste vale una copa de champaña,  
 como aquél vale  
 un vaso de bon vino.

Finaliza *Prosa profanas* con un soneto alejandrino, “Yo persigo una forma...”, en que revela su estado interior, sus dudas, sus ansias insatisfechas, su situación existencial de viajero de ese inmenso océano de la lírica y dice:

Yo persigo una forma que no encuentra mi estilo,  
 botón de pensamiento que busca ser la rosa;  
 se anuncia como un beso que en mis labios se posa  
 al abrazo imposible de la Venus de Milo...

Y concluye:

[...]  
 y bajo la ventana de mi Bella-Durmiente,  
 el sollozo continuo del chorro de la fuente  
 y el cuello del gran cisne blanco que me interroga.

El cisne aparece en toda la obra dariana con una gran fuerza, a veces como símbolo de paz o de interrogación o de la más pura belleza. Enorme fue el impacto de *Prosas profanas y otros poemas* en los medios literarios de Hispanoamérica y España. El estremecimiento fue mayor en Buenos Aires y en Montevideo. Paul Groussac y José Enrique Rodó se destacan, especialmente Rodó cuyo ensayo “Rubén Darío: Su personalidad literaria. Su última obra”<sup>23</sup> se convertiría en prólogo obligado de muchas futuras ediciones de *Prosas profanas* tales como las cartas de don Juan Valera lo son de *Azul*. En cuanto a Groussac quien dirigiría la Biblioteca Central de Buenos Aires y escribía y publicaba en periódicos y revistas, Darío le tenía especial gran admiración: “No hay un libro que contenga la Argentina. Yo te diré de mí que cuando quiero confundirme con el espíritu de esta gran nación me relaciono con el *Facundo* de Sarmiento, con el *Martín Fierro*, leo los versos de Obligado, o los libros de González, y decoro también las saludables y ásperas verdades de Groussac”.<sup>24</sup> Y

dirigiéndose a Groussac le dice: “Los maestros que me han conducido al ‘galicismo mental’ de que habla don Juan Valera son: algunos poetas parnasianos, para el verso, y Ud. para la prosa. Sí, Groussac, con sus críticas teatrales de *La Nación*, en la primera temporada de Sarah Bernhardt fue quien me enseñó a escribir, mal o bien, como hoy escribo...”<sup>25</sup> A Paul Groussac, el gran escritor argentino-francés le dedica “El coloquio de los centauros”, quizás el poema más trascendente e innovador de *Prosas profanas*. Finalmente debemos rendir especial admiración a la relación Darío-Lugones, y a los otros poemas “argentinos” de Darío tales como el “Canto a la Argentina”, “La marcha triunfal”, que veremos más adelante, “Desde la pampa”, escrito en 1898 poco antes de su partida, en el “Elogio del Ilmo. obispo de Córdoba, fray Mamerto Esquiú, O.M.”, la “Oda a Mitre” y la “Epístola a la Sra. de Lugones”, que publica en 1907, en *El canto errante*, otro de sus grandes libros. Todos ellos son de tanta trascendencia para las letras de Hispanoamérica, que por sí mismos merecen un capítulo aparte, otra charla, otro ensayo.

CANTOS DE VIDA Y ESPERANZA: “[...] artista poéticamente calculador”<sup>26</sup> había llamado Rodó a Rubén Darío comentando *Prosas profanas*. “Es que en el proceso creador de Darío coexiste un crítico exacto que da cuenta de cada decisión estética. Nada en él es improvisado. El oscuro impulso del numen se embriada por acción de una conciencia poética rigurosa que no admite desvío o desperdicio: todo en sus poemas va precisamente contruido”. El mismo Darío en su *Autobiografía* había llamado a *Azul* su “obra de juventud, el comienzo de mi primavera”<sup>28</sup> y *Prosas profanas* su “primavera plena”: “Y tal es ese libro, que amo intensamente y con delicadeza, no tanto como obra propia, sino porque a su aparición se animó en nuestro continente toda una cordillera de poesía poblada de magníficos y jóvenes espíritus. Y nuestra alba se reflejó en el viejo solar.”<sup>29</sup> En la introducción Darío se había negado a dar un manifiesto que era lo que estaba en boga entre los artistas europeos, poetas, pintores, escultores, especialmente en París. Pero su libro era en sí y por obra de su hechura y perfección un manifiesto que electrizó a los poetas de nuestros países de América y los hizo tomar a su cargo el liderazgo literario del momento. “Y nuestra alba se reflejó en el viejo solar”<sup>30</sup> es el pensamiento profundo que ahora es América la que está iluminando a España, que los tiempos de “un eterno canto a Junín, una inacabable oda a «La agricultura de la zona tórrida, y décimas patrióticas...”<sup>31</sup> han sido superados para siempre. El Modernismo se ha instalado en el Nuevo Mundo y ha tomado a Buenos Aires “...cosmópolis”<sup>32</sup>

como su capital. Pero de nuevo se ofrece la oportunidad y el nómada empuja sus alas para volar y viajar. España ha perdido la guerra de 1898 contra Estados Unidos y con ella el remanente de su imperio: Cuba, las Filipinas y Puerto Rico. *La Nación* le ofrece viajar a España para que escriba en detalle el estado en que ha quedado sumida la Madre Patria, desbaratada material y espiritualmente por la derrota. Sale inmediatamente a Madrid donde encuentra a los viejos amigos y a otros nuevos y vigorosos como Ortega y Gasset, Manuel y Antonio Machado, don Miguel de Unamuno, Ramiro de Maeztu, Valle Inclán: la “generación del 98”. Sus crónicas y opiniones se reproducen casi a diario en *La Nación* y muchas revistas. Es el año 1905, ya tiene 7 años de haber salido de Buenos Aires a Europa y su constante labor de cronista y poeta no termina. No solamente ha sido corresponsal de *La Nación* sino que Nicaragua lo ha nombrado ministro en París y ante las Cortes españolas. Poeta, periodista y diplomático pero eminentemente “poeta” como lo demuestra su libro de 1905 *Cantos de vida y esperanza* que según él mismo:

[...] encierra las esencias y savias de mi otoño... La autumnal es la estación reflexiva... El ensueño se impregna de reflexión... Respiramos como a través de un aire mágico, el perfume de las antiguas rosas... Al escribir *Cantos de vida y esperanza* yo había explorado, no solamente el campo de poéticas extranjeras, sino también los cancioneros antiguos, la obra ya completa, ya fragmentaria de los primitivos de la poesía española, en los cuales encontré riqueza de expresión y de gracia que en vano se buscara en hartos celebrados autores de siglos más cercanos.<sup>33</sup>

En Europa califican el libro de *Mundonovista*<sup>34</sup> que se diferencia del Modernismo por los temas tratados. Son los temas del mundo contemporáneo, de la España desintegrada de su imperio, de la Europa que se convulsiona en luchas sociales y emigra masivamente al Nuevo Mundo, del poderío de los Estados Unidos que en el alba del siglo XX se perfila ya como otro gran imperio. Además ha conocido, se enamora y vive con una humilde campesina española, Francisca Sánchez, analfabeta a quien ha enseñado a leer y quien será lo más cercano a esposa en sus 15 años de vida entre España y París. “Del orgullo personal, tan evidente en sus primeros libros de poemas, no queda ninguna traza: Se muestra humilde, deprimido, creyente, avergonzado de la vida desordenada de su juventud”, escribe Mapes.<sup>35</sup> Y sin embargo o tal vez por tales razones *Cantos de vida y esperanza* es

considerado como su obra magistral, el cenit de su genio. Entremos a sus páginas: Lo dedica con sencillez “A Nicaragua. A la República Argentina”, así reconoce y hace gloria a sus dos patrias. El prefacio advierte que ha descubierto un caudal inmenso de inspiración y de métrica por lo cual muchos poemas están escritos con el hexámetro “absolutamente clásico” y alude a Carducci el contemporáneo italiano y la “Evangalina” de Longfellow que “está en los mismos versos en que Horacio dijo sus mejores pensamientos”.<sup>36</sup> Advierte también que el “...verso libre moderno” es tan legítimo como el verso rimado y protesta que lo usan únicamente los poetas del “Madrid cómico y los libretistas del género chico”. Hace todas estas advertencias porque sabe que lo primero que los críticos van a buscar en su nueva obra es la métrica o, mejor dicho, qué nuevas innovaciones está Darío haciendo en cuanto a la forma de rimar sus versos. “Cuando dije que mi poesía es mía, en mí, sostuve la primera condición de mi existir, sin pretensión ninguna de causar sectarismo...”<sup>37</sup> Finalmente nos anuncia que hay cantos políticos y hasta “versos a un presidente, es porque son un clamor continental”, refiriéndose a la “Oda a Roosevelt”. Y con amargura termina: “Mañana podremos ser yanquis (y es lo más probable); de todas maneras, mi protesta queda escrita sobre las alas de los immaculados cisnes, tan ilustres como Júpiter.”<sup>38</sup> En lo que podríamos llamar la obertura titulada precisamente *Cantos de vida y esperanza* y dedicada a J. Enrique Rodó, Darío se identifica:

Yo soy aquel que ayer no más decía  
el verso azul y la canción profana,  
en cuya noche un ruiseñor había  
que era alondra de la luz por la mañana.

El dueño fui de mi jardín de sueño,  
lleno de rosas y de cisnes vagos;  
el dueño de las tórtolas, el dueño  
de góndolas y liras en los lagos;

y muy siglo diez y ocho y muy antiguo  
y muy moderno; audaz, cosmopolita;  
con Hugo fuerte y con Verlaine ambiguo,  
y una sed de ilusiones infinita.

Esta introducción es un recorrido de su pasado, en verso tan melódico como el de “Era un aire suave de pausados giros...” con que iniciara *Prosas profanas*. Hay en la introducción otras estrofas transcendentales para entender este libro:

Yo supe de dolor desde mi infancia;  
mi juventud... ¿fue juventud la mía?,  
sus rosas aún me dejan su fragancia,  
una fragancia de melancolía.

Como la esponja que la sal satura  
con el jugo del mar, fue el dulce y tierno,  
corazón mío, henchido de amargura  
por el mundo, la carne y el infierno.

Por eso ser sincero es ser potente:  
de desnuda que está brilla la estrella;  
el agua dice el alma de la fuente  
en la voz de cristal que fluye d’ella.

Pasó una piedra que lanzó una honda;  
pasó una flecha que agudizó un violento.  
La piedra de la honda fue a la onda,  
y la flecha del odio fuese al viento.

El segundo poema de estos cantos es la “Salutación del optimista” que según dicen los biógrafos comenzó a escribir a las dos de la mañana para recitarlo la misma tarde en el Ateneo de Madrid que se reunía para honrarlo. Quienes piensen que Darío era un poeta musical, sin fondo, deben estremecerse al leer este poema. Es en realidad un himno solemne y glorioso a la hispanidad, un grito de ánimo a la España que yace derrotada por la guerra que acaba de perder.

Íncultas razas ubérrimas, sangre de Hispania fecunda,  
espíritus fraternos, luminosas almas, ¡Salve!  
Porque llega el momento en que habrán de cantar nuevos himnos  
lenguas de gloria. Un vasto rumor llena los ámbitos;

retrocede el olvido, retrocede engañada la muerte,  
se anuncia un reino nuevo, feliz sibila sueña,  
y en la caja pandórica de que tantas desgracias surgieron  
encontramos de súbito, talismánica, pura riente,  
cual pudiera en sus versos Virgilio divino,  
la divina reina de luz, ¡la celeste Esperanza!

¿Podría haberse cantado en otros que no fuera estos majestuosos hexámetros  
latinos un himno para revivir a la moribunda España?

Únanse, brillen, secúndense, tantos vigos dispersos;  
formen todos un solo haz de energía ecuménica.

Está dedicado a España y a todos los pueblos de América: “Únanse, brillen,  
secúndense...” exactamente el exhorto tan actual y necesario para todos los que  
nos llamamos “hispanos” y que padecemos precisamente de lo opuesto, la des-  
unión, la negación, la falta de cohesión, de secundarnos el uno al otro.

La latina estirpe verá la gran alba futura:  
en un trueno de música gloriosa, millones de labios  
saludarán la espléndida luz que vendrá de Occidente.

El octavo canto lo dedica “A Roosevelt”:

Es con voz de la Biblia, o verso de Walt Whitman  
que habría de llegar hasta ti, Cazador,  
primitivo y moderno, sencillo y complicado,  
con un algo de Washington y cuatro de Nemrod.

Eres los Estados Unidos  
eres el futuro invasor  
de la América ingenua que tiene sangre indígena,  
que aún reza a Jesucristo y aún habla en español.

Y al final lo previene:

Tened cuidado. ¡Vive la América española!  
 Hay mil cachorros sueltos del León Español  
 Se necesitaría, Roosevelt, ser, por Dios mismo,  
 el Riflero terrible y el fuerte Cazador,  
 para poder tenerlos en vuestras férreas garras.

Y, pues contáis con todos, falta una cosa ¡Dios!”. ¿Recordáis la advertencia del prefacio de que habrían poemas políticos y hasta odas a presidentes? El décimo canto es el “Canto de esperanza”:

Un gran vuelo de cuervos mancha el azul celeste.  
 Un soplo milenario trae amago de peste.  
 Se asesinan los hombres en el extremo Este.

¿Ha nacido el apocalíptico Anticristo?  
 Se han sabido presagios, y prodigios se han visto  
 y parece inminente el retorno del Cristo.

Algunos no pueden explicarse porque Darío incluyó como el canto XIV de este libro la famosa “La marcha triunfal” que escribió en la Isla Martín García en 1895 para la celebración del aniversario de la Independencia Argentina, en honor a su ejército, y que fue declamada ese mismo año por Ricardo Jaimes Freyre en el Ateneo de Buenos Aires. Fue uno de los tantos concursos que ganó Darío desde su “Oda a Bolívar” a los catorce años en San Salvador, o el “Canto épico a las glorias de Chile” con que ganaría otro concurso a sus 20 años en Santiago. Yo lo explico por razones de métrica y del propósito de cada libro. “La marcha triunfal” está escrita en escala mayor, en hexámetros latinos solemnes y no en la rima sensual de escala menor que impera en *Prosas profanas*. No es asunto del tiempo ni del lugar en que escribió tal o cual obra. Así como la “Sinfonía en Gris Mayor” escrita durante su viaje de Nicaragua a Chile fue excluida de *Azul* y de sus otros libros chilenos, “La marcha triunfal” fue excluida de *Prosas profanas* y puesta al lado de “La salutación del optimista” y de la “Oda a Roosevelt” en *Cantos de vida y esperanza*. Esta marcha es increíblemente majestuosa, visual, sonora, compleja en su rima y en la concatenación de las ideas. Hay que decirla en voz alta y con acompañamiento de tambores y clarines. Es un cuadro barroco de un desfile militar

donde los soldados lucen sus trajes de gala como podría ser para la gran marcha de Aída o para inaugurar una olimpiada.

¡Ya viene el cortejo!  
¡Ya viene el cortejo! Ya se oyen los claros clarines.  
La espada se anuncia con vivos reflejos;  
ya viene, oro y hierro, el cortejo de los paladines.

Terminados los primeros 14 cantos se abren otros poemas de matices variados: “Los cisnes” dedicado a Juan Ramón Jiménez, el joven poeta con quien comparte mutua admiración, y “A la muerte de Rafael Núñez”, el poeta-presidente colombiano que lo haría cónsul en Buenos Aires en 1893. Aparece su primer “Nocturno”, uno de cinco que recogen su poesía introspectiva en que penetra lo más profundo de su ser:

Quiero expresar mi angustia en versos que abolida  
dirán mi juventud de rosas y de ensueños,  
y la desfloración amarga de mi vida  
por un vasto dolor y cuidados pequeños.

“La canción de otoño y primavera” se convertiría en uno de los poemas más recitados en español. Como decía Juan Ramón Jiménez: “El continente americano podría desaparecer en un gran cataclismo pero bastaría que se salvase ‘La canción de otoño en primavera’ para probar su existencia y su grandeza”:

JUVENTUD, divino tesoro,  
¡ya te vas para no volver!  
Cuando quiero llorar, no lloro...  
y a veces lloro sin querer.

Mas a pesar del tiempo terco, mi sed de amor no tiene fin;  
con el cabello gris me acerco  
a los rosales de mi jardín...

Juventud divino tesoro,  
¡ya te vas para no volver!...

Cuando quiero llorar, no lloro...  
y a veces lloro sin querer...

¡Mas es mía el alba de oro!

El doceavo cisne se llama precisamente “Leda” y es puramente sensual, visual, entra a lo más sensible del mundo de las sensaciones:

El cisne en la sombra parece de nieve;  
su pico es de ámbar, del alba al trasluz;  
el suave crepúsculo que pasa tan breve  
las cándidas alas sonoras de luz.

“A Phocas el campesino” alude a su hijo tierno que ha tenido con Francisca Sánchez, Rubén Darío Sánchez, su “Güicho”, el amor más paternal de su vida, ya que al otro hijo, Rubén Darío Contreras, casi nunca lo volvió a ver desde la muerte de su primera esposa, quince años atrás:

Sueña, hijo mío, todavía, y cuando crezcas,  
perdóname el fatal don de darte la vida  
que yo hubiera querido de azul y rosas frescas;

pues tú eres la crisálida de mi alma entristecida,  
y te he de ver en medio del triunfo que merezcas  
renovando el fulgor de mi psique abolida.

Aparece en el XXXII otro de los poderosos “Nocturnos”:

Los que auscultásteis el corazón de la noche;  
los que por el insomnio tenaz habéis oído  
el cerrar de una puerta, el resonar de un coche  
lejano, un eco vago, un ligero ruido...

En los instantes del silencio misterioso,  
cuando surgen de su prisión los olvidados,

en la hora de los muertos, en la hora del reposo,  
sabréis leer estos versos de amargor impregnados...

Por contraste comparemos este “Nocturno” con “La Sonatina”. ¡Qué diferencia! Si en vez de cronología o desarrollo poético escogiéramos clasificar la poesía dariana en: “lirismo puro”, “musical”, “cuentos”, “grandiosa”, “elogios”, “introspectiva”, “trascendente”, etcétera, podría ser más justo para Darío y más fácil para el alumno. Pero perderíamos esa complejidad dariana que especialmente conjuga en cada libro: su vida con su verso. No podemos finalizar nuestra visita a estos *Cantos de vida y esperanza* sin mencionar dos grandes poemas: las “Letanías de nuestro señor don Quijote” y “Lo fatal”. En las letanías el poeta se adentra en la naturaleza rebelde y revolucionaria de don Quijote.

Contra las certezas, contra las conciencias,  
y contra las leyes y contra las ciencias,  
contra la mentira, contra la verdad...

Caballero errante de los caballeros,  
barón de varones, príncipe de fieros,  
par entre los pares, maestro, ¡salud!

De tantas tristezas, de dolores tantos,  
de los superhombres de Nietzsche, de cantos,  
de las epidemias de horribles blasfemias  
de las Academias,  
¡libranos, señor!

Aunque amigo de muchos académicos de la Lengua como don Marcelino Menéndez Pelayo y de su primer admirador don Juan Valera, Darío jamás perteneció a ninguna “academia”, ni quiso ni hay prueba de que lo hayan invitado. Él estaba mucho más cómodo en la vanguardia, en las trincheras, en sus veladas líricas y báquicas y en los “ateneos”. Y no hay duda de que desde que se publicaron estas *Letanías* las propias academias se preocuparon de abrir sus puertas a mejor talento como lo dice el escritor Julio Ycaza: “Aunque si al poeta le hubiera tocado presenciar, como al que os habla, el ingreso en la Real Academia de Gerardo Diego,

Dámaso Alonso y Vicente Aleixandre seguramente no habría puesto a las academias frente a la lanza en ristre del sublime desfacedor de entuertos”.<sup>39</sup> A lo cual yo agrego: ¡y por razón de las mismas *Letanías!* El último poema “Lo fatal” tiene un contenido doloroso, desdichado, frustración de ser humano:

Dichoso el árbol que es apenas sensitivo,  
y más la piedra dura, porque ésta ya no siente,  
pues no hay dolor más grande que el dolor de ser vivo,  
ni mayor pesadumbre que la vida consciente.

...¡y no saber adónde vamos,  
ni de dónde venimos...!

Entre la publicación de *Cantos de vida y esperanza* en 1905 y su muerte acaecida en Nicaragua en febrero de 1916, a los 49 años, Rubén Darío continuó su obra literaria casi ininterrumpidamente. *El canto errante* publicado en 1907 contiene los poemas “Momotombo”, el volcán de su país natal que había cantado Victor Hugo en su “Leyenda de los siglos”, “A Colón” a quien llama:

Desgraciado almirante! Tu pobre América,  
tu india virgen y hermosa de sangre cálida;  
la perla de tus sueños, es una histórica  
de convulsiones, nervios y frente pálida.

Son notables además “A Francia”, “Tutecotzimi”, “La canción de los pinos”, el “Nocturno” lleno del propio temor a la muerte, la “Epístola” a la señora de Leopoldo Lugones que es una especie de historia de su vida y justificación de algunos errores y el “Soneto a Valle Inclán”. El *Poema del otoño y otros poemas*, libro publicado en Madrid en 1910, contiene sus versos durante su breve visita a Nicaragua, su “Intermezzo tropical” y su famoso cuento, deleite de escolares de todas las edades “A Margarita Debayle”:

Margarita, está linda la mar,  
y el viento  
lleva esencia sutil de azahar;

yo siento  
en el alma una alondra cantar:  
tu acento.  
Margarita, te voy a contar,  
un cuento.

Finalmente su *Canto a la Argentina y otros poemas* publicado en Madrid en 1914:

¡Argentina! ¡Argentina!  
¡Argentina! El sonoro  
viento arrebató la gran voz de oro.  
Ase fuerte diestra la bocina  
y el pulmón fuerte, bajo los cristales  
del azul, que han vibrado,  
lanza el grito: oíd mortales,  
oíd el grito sagrado.

Cantos a la manera de Walt Whitman como ningún otro poeta ni argentino ni de ninguna otra tierra ha cantado jamás a una patria suya o ajena.

Queridos alumnos:

En los próximos días estudiaremos los movimientos literarios posdarianos. Leeremos a Antonio y Manuel Machado, a Juan Ramón Jiménez, a Unamuno. Comenzaremos a incursionar en Gabriela Mistral, César Vallejo, Vicente Huidobro; en Neruda y Borges, en la novela contemporánea de Vargas Llosa, García Márquez, Julio Cortázar y Carlos Fuentes. Este firmamento de nuestra literatura del siglo XX debe mucho, y así lo reconocemos sin excepción, a quienes lucharon y ganaron la guerra de la expresión contemporánea de la modernización de nuestro idioma. Mencionémoslos una vez más, antes de retirarnos: Heredia, Martí y del Casal en Cuba; Gutiérrez Nájera y Amado Nervo en México, José Asunción Silva y Guillermo de León Valencia en Colombia; Paul Groussac y Leopoldo Lugones en Argentina; Salvador Rueda, Antonio Machado y Juan Ramón Jiménez en España y el más grandioso: Rubén Darío, de Nicaragua, de Chile, de Argentina, de España y de París.

Algunas tardes de primavera u otoño de nuestro Houston querido, cuando los pinos dejan caer sus agujas o las azaleas inundan nuestros jardines, se me ocurre sentarme bajo las ramas y abrir *Azul* en cualquier lugar, donde salga, y leer ya sea la deliciosa prosa de los cuentos o los versos esculpidos de “Anagke” o de los *medallones*. Voy de viaje y a última hora, halo de mis estantes a Bécquer, a sor Juana Inés, a *Prosas profanas*. Hace poco, en México de pasada, se me ocurrió comprar el *Pequeño Larousse* en color, editado en 1990, para una hija que quiere mejorar su español aprendido en Houston. Abrí, entre otros, el nombre de “Darío” y al lado de su importante foto dice:

**Darío Rubén:** (Félix Rubén García Sarmiento, llamado Rubén) poeta y escritor nicaragüense, n. en Metapa en 1867, m. en León en 1916. El ritmo y la armonía de sus composiciones y el gusto refinado en la elección de los temas le han valido ser considerado como la figura máxima de la lírica contemporánea, cuya influencia se ha extendido a todas las literaturas de lengua castellana. Desempeñó corresponsalías de diarios y empleos diplomáticos en El Salvador, Chile, Argentina, España, Estados Unidos y Francia. Captado por la poesía francesa de su época, se puso a la cabeza del movimiento modernista que, procedente de América, repercutió hondamente en España. Las innovaciones métricas que introdujo y la galanura de su expresión realzaron y transformaron la poesía en lengua castellana, como anteriormente hicieran Garcilaso, fray Luis de León, San Juan de la Cruz, Lope, Góngora y Bécquer. Entre sus obras más famosas figuran *Abrojos* (1887), *Azul* (1888), *Prosas profanas* (1896), *Cantos de vida y esperanza* (1905), *El canto errante* (1907), *Canto a la Argentina* (1910), *Poema del otoño y otros poemas* (1910). No solamente innovó el verso sino también la prosa en *Azul* (1888), e intercaló cuentos y prosas poemáticas en “Los raros” (1896), *Peregrinaciones* (1901) y *La caravana pasa* (1902).

Sea éste el resumen que guardéis en vuestras mentes y que la curiosidad os lleve a los anaqueles en búsqueda de los poemas aquí mencionados o de cualquier otro que encontréis para nutrir vuestros espíritus de esa fuente inagotable que no deja de inspirar, llama que no deja de arder, perfume que se queda perennemente suspendido en el azul inmenso de la eternidad.

PALIMPSESTO\*

\* Seudónimo usado por el autor para el concurso literario “José Martí”, Instituto de Cultura Hispánica de Houston, Texas, USA, 1996.

# Notas

1. Rubén Darío, *Prosas profanas*. Palabras liminares, Madrid, Espasa-Calpe, 1979.
2. Pablo Neruda, *Discurso en la Universidad de Chile en su 50 aniversario*, 12 de julio de 1954.
3. Pablo Neruda, “Barcarola”, “La gloria”, en *Obras completas*, Buenos Aires, Losada, 1957.
4. Pablo Neruda y Federico García Lorca, *Discurso al alimón sobre Rubén Darío*, Nicaragua, Ministerio de Educación Pública, 1959.
5. Internet, *drx@deltanet.com* Dionisio Rodríguez.
6. Pablo Neruda, “Viaje al corazón de Quevedo”, en *Obras completas*, Buenos Aires, Losada, 1957.
7. *Idem*.
8. Raymond Skyrme, *Rubén Darío and the Pythagorean Tradition*, Florida, The University Press of Florida, 1975.
9. José Coronel Urtecho, *A Darío*, Antología de Orlando Cuadra Downing.
10. Rubén Darío, *Autobiografía*, Madrid, SHADE Imprenta de la viuda de Galo Sáez, 1945.
11. Raúl Silva Castro, *Rubén Darío a los veinte años*, Madrid, Gredos, 1956.
12. Erwin K. Mapes, *La influencia francesa en la obra de Rubén Darío*, trad. Fidel Coloma González, Managua, Imprenta Nacional, 1966.
13. Rubén Darío, *Azul*, 6a. ed., San José, Costa Rica, EDUCA, 1984.
14. Rubén Darío, *Azul* (Carta-prólogo de Juan Valera), 17a. ed., Madrid, Espasa-Calpe, 1957.
15. Rubén Darío, *Azul*, Guatemala, Piedra Santa, 1989.
16. Rubén Darío, *Azul*, Mérida, Yuc., México, 1926 (Colección Apolo).
17. Rubén Darío, *Azul*, Managua, Nueva Nicaragua, 1987 (Colección Azul).
18. *Idem*.
19. Rubén Darío, *Prosas profanas*, “A Verlaine”, en *Poesías completas*, Alfonso Méndez Plancarte y Antonio Oliver Belmás (comp.), Madrid, Artes Gráficas Grijelmo, 1968.
20. Emilio Carrilla, *Una etapa decisiva de Darío. Rubén Darío en la Argentina*, Dámaso Alonso (coord.), Madrid, Gredos, 1967.
21. Rubén Darío, *Autobiografía*, Madrid, SHADE Imprenta de la viuda de Galo Sáez, 1945.

22. Erwin K. Mapes, *op. cit.*
23. *Idem.*
24. *Idem.*
25. *Idem.*
26. José Enrique Rodó, *Rubén Darío, su personalidad literaria. Su última obra.* Obras completas, Madrid, Aguilar, 1967.
27. Fidel Coloma González, “Nota previa”, en Rubén Darío, *Historia de mis libros*, Managua, Talleres Gráficos Companic, 1988 (Colección Azul).
28. Rubén Darío, *Autobiografía*, Madrid, SHADE Imprenta de la viuda de Galo Sáez, 1945.
29. Rubén Darío, *Historia de mis libros*, Managua, Talleres Gráficos Companic, 1988 (Colección Azul).
30. Rubén Darío, *Prosas profanas. Palabras liminares*, Madrid, Espasa-Calpe, 1979.
31. *Idem.*
32. *Idem.*
33. *Idem.*
34. Erwin K. Mapes, *idem.*
35. *Idem.*
36. *Idem.*
37. Rubén Darío, *Cantos de vida y esperanza*, Prefacio, *idem.*
38. *Idem.*
39. *Idem.*
40. Julio Ycaza Tigerino, *Los nocturnos de Rubén Darío y otros ensayos*, Madrid, Ediciones Cultura Hispánica, 1964.

# Bibliografía

- Anderson Imbert, Enrique, *Rubén Darío. Poesía*, México, Fondo de Cultura Económica, 1984.
- Balseiro, José Agustín, *Seis estudios sobre Rubén Darío*, Madrid, Gredos, Biblioteca Románica Hispánica, dirigida por Dámaso Alonso.
- Balladares, José Emilio, *Rubén Darío. Cuentos. Clásicos Centroamericanos*, San José, Costa Rica, 1986.
- Caillet Bopis, Julio, *Antología de la poesía hispanoamericana*, Madrid, Aguilar, 1965.
- Castro Leal, Antonio, *Rubén Darío el poeta de América. Discurso*, 1967.
- Darío, Rubén, *El viaje a Nicaragua e Intermezzo tropical*, Madrid, Biblioteca Ate-neo, 1909.
- , *Oda al libertador Bolívar*, San Salvador, Imprenta de la Ilustración, 1883.
- , “Unión Centroamericana”. Al Sr. General J. Rufino Barrios, León, Managua, Ediciones Arellano, 1983.
- Dutton Watland, Charles, *Post-erran: A Biography of Rubén Darío*, Nueva York, Philosophical Library, 1965.
- Ghiraldo, Alberto, *El archivo de Rubén Darío*, Buenos Aires, Losada, 1943.
- Gullón, Ricardo, *Rubén Darío, Páginas escogidas*, Madrid, Ediciones Cátedra, 1979.
- Jaime Julia, Julio, *Rubén Darío y Santo Domingo*, República Dominicana, Editorial Cenapac, 1986.
- Martí, José, *Nuevas cartas de Nueva York*, México, Siglo XXI Editores.
- Marasso, Arturo, *Rubén Darío y su creación poética*, Argentina, Universidad de la Plata-Talleres Gráficos Acinelli Hnos., 1934.
- Mejía Sánchez, Ernesto, *Cuentos de Rubén Darío*, México, FCE, 1950.
- Oliver Belmás, Antonio, *Rubén Darío. Azul, El salmo de la pluma, Cantos de vida y esperanza*, México, Porrúa, 1985.
- , *Este otro Rubén Darío*, Barcelona, Aedos, 1960.
- Pedro, Valentín de, *Vida de Rubén Darío*, Buenos Aires, Compañía Fabril Editorial, 1961.
- Rodríguez Ramón, Andrés, *Desde el otro azul*, Sta. Bárbara, California, The Schauer Printing Studio, Inc., 1962.
- Salinas, Pedro, *La poesía de Rubén Darío*, Buenos Aires, Losada, 1957.

- Sequeira, Diego Manuel, *Rubén Darío criollo*, Buenos Aires, Editorial Guillermo Kraft, 1945.
- Sequeira, Diego Manuel, *Rubén Darío criollo en El Salvador*, Nicaragua, Hospicio, 1965.
- Torres, Edelberto, *La dramática vida de Rubén Darío*, Guatemala, Ministerio de Educación, 1952.
- Torres Bodet, Jaime, *Rubén Darío, abismo y cima*, México, Nuevo Mundo, 1966.
- Valle Castillo, Julio y Ernesto Mejía Sánchez, *Rubén Darío. Poesía*, Managua, Talleres Gráficos Inpasa, 1994.
- Vargas Vila, José María, *Rubén Darío*, Barcelona, Ramón Sopena, 1935.

# Semblanza del autor

José Francisco Terán nació en León en 1932. Se bachilleró en el Colegio Centroamérica de los jesuitas, en 1950, donde fue presidente de la Academia de Letras Rubén Darío y de la Academia de Sociología e Historia San Pedro Canisio. Prosiguió estudios de arquitectura en la Universidad de Michigan hasta el nivel de maestría e hizo su aprendizaje con el arquitecto, de fama mundial, Minoru Yamasaki.

En Nicaragua, desde 1959 participó en el diseño y construcción del Teatro Nacional Rubén Darío, INCAE, Ministerio del Interior, Hotel Managua Intercontinental y de la nueva Catedral Metropolitana de Managua con Ricardo Legorreta. Pero su mayor contribución ha sido en el desarrollo de grandes proyectos habitacionales, principalmente para familias de recursos medios, entre los cuales destacan Ciudad Jardín, Bello Horizonte, Jardines de Veracruz, Primero de Mayo, Valledorado, Villafontana y otros que cambiaron la fisonomía urbana de Managua.

En Houston, Texas, de 1980 a 1999 promovió el desarrollo de importantes proyectos urbanos de reconocido mérito que le merecieron el diploma de alta distinción de la ciudad de Houston, en 1994.

Recibió numerosos reconocimientos y premios entre los cuales destacan: La Orden de Rubén Darío por el diseño del Teatro Nacional, y el Premio José Martí ganado —con el presente ensayo— en el Concurso Internacional del Instituto de Cultura Hispánica de Houston, en 1996.

Sus escritos datan desde su época de estudios secundarios y han sido publicados en revistas y periódicos tanto en Nicaragua como en los Estados Unidos. Su estudio y publicación del folleto *La construcción en Nicaragua*, en 1956, tuvo un gran impacto en el desarrollo de las industrias de materiales y sistemas para la construcción.

Siendo estudiante en la Universidad de Michigan fue cofundador y editor de la revista *Dimension*, la cual tuvo mucho impacto en los medios académicos de la década de los años cincuenta. Actualmente reside en Key Biscayne, estado de la Florida, y prepara varios libros sobre temas literarios e históricos.

# Obras publicadas en esta colección

## SERIE DE ESTUDIOS ARQUEOLÓGICOS

- 1 *Nicaragua antiquities*, Carl Bovallius. Edición bilingüe. Traducción de Luciano Cuadra.
- 2 *Investigaciones arqueológicas en Nicaragua*, J. F. Bransford. Edición en inglés y en español. Traducción de Orlando Cuadra Downing.
- 3 *Cerámica de Costa Rica y Nicaragua*, Samuel K. Lothrop. Traducción de Gonzalo Meneses Ocón. Volumen I.
- 3b *Cerámica de Costa Rica y Nicaragua*, Samuel K. Lothrop. Traducción de Gonzalo Meneses Ocón. Volumen II.

## SERIE FUENTES HISTÓRICAS

- 1 *Diario de John Hill Wheeler*. Traducción de Orlando Cuadra Downing.
- 2 *Documentos diplomáticos de William Carey Jones*. Traducción de Orlando Cuadra Downing.
- 3 *Documentos diplomáticos para servir a la historia de Nicaragua*, José de Marcoleta.
- 4 *Historial de El Realejo*, Manuel Rubio Sánchez. Notas de Eduardo Pérez Valle.
- 5 *Testimonio de Joseph N. Scott, 1853-1858*. Introducción, traducción y notas de Alejandro Bolaños Geyer.
- 6a *La guerra en Nicaragua según Frank Leslie's*. Illustrated Newspaper. Edición bilingüe. Selección, introducción y notas de Alejandro Bolaños Geyer. Traducción de Orlando Cuadra Downing.
- 6b *La guerra en Nicaragua según Harper's Weekly Journal of Civilization*. Edición bilingüe. Selección, introducción y notas de Alejandro Bolaños Geyer. Traducción de Orlando Cuadra Downing.
- 7 *El desaguadero de la mar dulce*, Eduardo Pérez Valle.

## SERIE LITERARIA

- 1 *Pequeñeces... Cuiscomeñas de Antón Colorado*, Enrique Guzmán. Introducción y notas de Franco Cerutti.
- 2 *Versos y versiones nobles y sentimentales*, Salomón de la Selva.

- 3 *La dionisiada. Novela.* Salomón de la Selva.
- 4 *Las gacetillas, 1878-1894,* Enrique Guzmán. Introducción y notas de Franco Cerutti.
- 5 *Dos románticos nicaragüenses: Carmen Díaz y Antonio Aragón.* Introducción y notas de Franco Cerutti.
- 6 *Obras en verso,* Lino Argüello (Lino de Luna). Introducción y notas de Franco Cerutti.
- 7 *Escritos biográficos,* Enrique Guzmán. Introducción y notas de Franco Cerutti.
- 8 *Los editoriales de La Prensa 1878,* Enrique Guzmán. Introducción y notas de Franco Cerutti.
- 9 *Poetas modernistas de Nicaragua (1880-1972).* Introducción, selección y notas de Julio Valle Castillo.

#### SERIE HISTÓRICA

- 1 *Filibusteros y financieros,* William O. Scroggs. Traducción de Luciano Cuadra.
- 2 *Los alemanes en Nicaragua,* Goetz von Houwald. Traducción de Resi de Pereira.
- 3 *Historia de Nicaragua,* José Dolores Gámez.
- 4 *La Guerra en Nicaragua,* William Walker. Traducción de Fabio Carnevalini.
- 5 *Obras históricas completas,* Jerónimo Pérez.
- 6 *Cuarenta años (1838-1878) de historia de Nicaragua,* Francisco Ortega Arancibia.
- 7 *Historia moderna de Nicaragua. Complemento a mi historia,* José Dolores Gámez.
- 8 *La ruta de Nicaragua,* David I. Folkman Jr. Traducción de Luciano Cuadra.
- 9 *Hernández de Córdoba, capitán de conquista en Nicaragua,* Carlos Meléndez.
- 10 *Historia de Nicaragua de Tomás Ayón. Tomo I.*
- 11 *Historia de Nicaragua de Tomás Ayón. Tomo II.*
- 12 *Historia de Nicaragua de Tomás Ayón. Tomo III.*

### SERIE CRONISTAS

- 1 *Nicaragua en los cronistas de Indias. Siglo XVI.* Introducción y notas de Jorge Eduardo Arellano.
- 2 *Nicaragua en los cronistas de Indias. Siglo XVII-XVIII.* Introducción y notas de Jorge Eduardo Arellano.
- 3 *Nicaragua en los cronistas de Indias: Oviedo.* Introducción y notas de Eduardo Pérez Valle.
- 4 *Centroamérica en los cronistas de Indias: Oviedo.* Tomo I. Introducción y notas de Eduardo Pérez Valle.
- 5 *Centroamérica en los cronistas de Indias: Oviedo.* Tomo II. Introducción y notas de Eduardo Pérez Valle.

### SERIE CIENCIAS HUMANAS

- 1 *Ensayos nicaragüenses,* Francisco Pérez Estrada.
- 2 *Obras de Don Pío Bolaños I.* Introducción y notas de Franco Cerutti.
- 3 *Obras de Don Pío Bolaños II.* Introducción de Franco Cerutti.
- 4 *Romances y corridos nicaragüenses,* Ernesto Mejía Sánchez.
- 5 *Obras I,* Carlos Cuadra Pasos.
- 6 *Obras II,* Carlos Cuadra Pasos.
- 7 *Raza.* Estudio preliminar y notas de Carlos Molina Argüello.
- 8 *Relación verdadera de la reducción de los indios infieles de la Provincia de la Tagüisgalpa, llamados Xicaques,* Fray Fernando Espino. Introducción y notas de Jorge Eduardo Arellano.
- 9 *Muestrario del folklore nicaragüense,* Pablo Antonio Cuadra y Francisco Pérez Estrada.

### SERIE GEOGRAFÍA Y NATURALEZA

- 1 *Notas geográficas y económicas sobre la República de Nicaragua,* Pablo Levy. Introducción y notas de Jaime Incer Barquero.
- 2 *Memorias de Arrecife Tortuga,* Bernard Nietschmann. Traducción de Gonzalo Meneses Ocón.

### SERIE VIAJEROS

- 1 *Viaje por Centroamérica,* Carl Bovallius. Traducción del sueco por el Dr. Camilo Vijil Tardón.

- 2 *Siete años de viaje en Centro América, norte de México y lejano oeste de los Estados Unidos*, Julius Froebel. Traducción de Luciano Cuadra.
- 3 *Piratas en Centroamérica. Siglo XVII*, John Esquemeling y William Dampier. Traducción de Luciano Cuadra.

SERIE COSTA ATLÁNTICA

- 1 *Narración de los viajes y excursiones en la costa oriental y en el interior de Centroamérica. 1827*, Orlando W. Roberts. Traducción de Orlando Cuadra Downing.

SERIE BIOGRAFÍAS

- 1 *Larreynaga: su tiempo y su obra*, Eduardo Pérez Valle.

SERIE TEXTOS

- 1 *Declaraciones sobre principios de contabilidad generalmente aceptados en Nicaragua*, Colegio de Contadores Públicos de Nicaragua.

SERIE MÚSICA GRABADA EN DISCO

- 1 *BALD 00-010 Nicaragua: música y canto*, Salvador Cardenal Argüello (con comentarios grabados).
- 2 *BALD 011-019 Nicaragua: música y canto*, Salvador Cardenal Argüello (sin comentarios grabados y con folleto impreso bilingüe).

SERIE EDUCACIÓN

- 1 *La poesía de Rubén Darío*, José Francisco Terán.

*La poesía de Rubén Darío*  
se terminó de imprimir en febrero de 2001,  
en los talleres de Lithoimpresora Portales.

El tiraje consta de 20 000 ejemplares.

La edición estuvo a cargo de Ediciones El Naranjo,

Av. México 570, Col. San Jerónimo Aculco,

C.P. 10400, México, D.F.

Tels. 56 52 67 69 y 56 52 91 12



El ensayo que tiene en sus manos fue concebido, inicialmente, como un texto para facilitar la tarea de los maestros de Español del estado de Texas; más tarde, en 1996, el Instituto de Cultura Hispánica de Houston le otorgó el Premio José Martí.

El autor, José Francisco Terán, nació en la ciudad de León, Nicaragua, en el año de 1932, arquitecto de profesión, desde su época de estudios secundarios ha publicado diversos escritos en revistas y periódicos tanto de Nicaragua como de los Estados Unidos. Además, ha recibido numerosos reconocimientos y premios, tanto en el ámbito de la arquitectura como en temas relacionados con la literatura y la historia.

Rubén Darío logró, con su notable talento, inspirado en la universalidad de las ideas y de los sentimientos, penetrar en todas las culturas y en todos los tiempos, incorporando a nuestra lengua la riqueza universal de la mitología, de los cuentos, de la historia y del acontecer diario del mundo. Asimismo, otra de sus principales aportaciones a la lengua castellana fue estructurar una nueva forma de expresión que se adaptó a las demandas más exigentes de la modernidad.

Esta obra se publica en el marco de la Colección Cultural de Centro América, con la finalidad de que los jóvenes alumnos de los colegios de Nicaragua profundicen en el conocimiento del genio poético de nuestro coterráneo, Rubén Darío, quien nos caracteriza, honra y distingue.